



DOKUMENTUAK PONENCIA OTSAGABIA III.

SOBRE EL PODER POPULAR

1976

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa

Euskal Herriko Komunistak

Ponencia Otsagabia III. (verano de 1976)

EN TORNO — AL PODER POPULAR

Otsagabia

Euskadi 20 de octubre de 1976

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del documento original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.
*Este trabajo ha sido convertido a libro digital
por militantes de EHK,
para uso interno y forma parte del
material de trabajo para el estudio e
investigación de la historia del
MLNV*

<http://abertzalekomunista.net>

Introducción

Otsagabia

Los textos que aquí se presentan no son otra cosa que una reflexión a partir de una experiencia militantes abertzale y revolucionaria.

Los dos primeros, los más extensos, se inscriben dentro del debate que se ha desarrollado durante los últimos meses en ETA, y que ha desembocado en las resoluciones de su séptimo Biltzar Nagusi, ya conocidas. Los dos restantes, que tienen más bien un carácter de anexos, tratan algunos aspectos parciales de lo que hoy es la problemática central de la izquierda abertzale: como hacer que Euskadi, que ha sido durante estos últimos años el lugar donde más mayoritaria y radicalmente se ha luchado contra el fascismo, lucha pagada a un alto precio y de la que —es hora de proclamarlo a los cuatro vientos— todos los pueblos y fuerzas políticas del Estado han sacado un indudable provecho, obtenga, en un próximo régimen que parece anunciarse como democrático, lo que con esa lucha pretendió: su libertad; cómo hacer que de esa lucha queden algo más que unas lápidas a los heroicos combatientes por el Pueblo Vasco, lápidas colocadas y anualmente visitadas por quienes en los peores momentos, en la hora de la más dura represión, supieron muchas veces mantenerse a cubierto, esperando tiempos mejores que otros se encargarían de conseguir,

Y si la experiencia de lucha de Euskadi durante estos últimos años ha sido extraordinariamente rica en espontaneidad y combatividad, espontaneidad y combatividad de un pueblo resuelto a no dejarse arrebatar, una vez más, su libertad, le ha faltado muchas veces la reflexión, el conocimiento profundo de los problemas, la teoría, cosas necesarias para llevar a buen término toda lucha, pero que son difíciles de encontrar en el fragor de los combates. Y nos encontramos hoy con que Euskadi es un país lleno de luchadores, pero más bien falto de cuadros, y sobre todo de cuadros luchadores.

Lo que estos trabajos pretenden, por encima de los problemas concretos que en ellos se tratan, y que creemos son de gran importancia este momento, es ser una aportación en ese sentido, despertar el interés por el debate, por la polémica, por el estudio de nuestra propia realidad, de nuestra historia, y de la historia de otros pueblos que también han luchado por su liberación. Aportación parcial e incompleta, y que intenta más el plantear problemas que el dejarlos resueltos.

Los cuadros, los teóricos, los intelectuales, son necesarios para la marcha de la sociedad. Lo son también para una sociedad socialista y revolucionaria, Y si no queremos que nuestros luchadores, que Euskadi, se encuentren vendidos a unos intelectuales ajenos a nuestra lucha, debemos preocuparnos nosotros mismos por conseguirlo: unos intelectuales que no se conciben a sí mismos como los portadores exclusivos de la verdad, poseedores de una llave maestra y dispuestos a sacar provecho personal de sus habilidades, unos intelectuales que no se conciben fuera del pueblo que saben que sus conocimientos son completamente vacíos e inoperantes si el Pueblo no los hace suyos, si con su lucha no los convierte en una

realidad, unos intelectuales dispuestos a tomar partido por Euskadi, por los trabajadores, por la revolución, allí donde lo situación se lo exija, y sin reparar en riesgos

2

Y como uno de ellos, como un verdadero intelectual revolucionario, entregado sin descanso y hasta las últimas consecuencias a la lucha de su Pueblo, desaparecido y casi con certeza muerto por ello, no podemos menos que recordar en este momento la figura y el trabajo de Pertur, Quienes hemos convivido con él en la lucha, quienes hemos compartido con él nuestra preocupación por el futuro de Euskadi y de la revolución, quienes hemos discutido y elaborado con él, pocas semanas antes de su desaparición, las ideas y los trabajos que aquí se exponen, lo testimoniamos. No nos interesa crear nuevas mitologías, pero queremos dejar bien claro, ante quienes nos han oprimido y nos siguen oprimiendo, ante quienes siguen haciendo correr sangre de nuestro Pueblo, que Pertur, que Txabi, que Txiki, no están liquidados; que mientras Euskadi siga luchando lo que ellos y lo que todos los muertos por Euskadi nos han entregado sigue y seguirá estando vivo, sigue y seguirá dando su fruto. Y no lo podrán impedir.

Euskadi 20 de octubre de 1976

EN TORNO AL PODER POPULAR

Otsagabia

La fase actual de transición del fascismo a la democracia burguesa en la que nos encontramos en Euskadi nos plantea como una de las más importantes cuestiones políticas del momento el fijar cual ha de ser la estrategia a llevar a cabo, dentro de una perspectiva revolucionaria, en ese próximo sistema al que nos acercamos.

Es importante recordar que la meta hacia la que va dirigida esa estrategia — en tanto que sea o pretenda ser revolucionaria— no es otra que la plena toma del poder político por las clases populares vascos, bajo la dirección de la clase obrera. No es cuestión pues, de repartirse el poder con el capital, ni mucho menos de llegar a dirigir, en nombre de una política "popular" o "socialista", una sociedad basada en el capitalismo sin poner en cuestión este.

El fijarse tal meta no es sin embargo sino una primera parte: lo verdaderamente importante es ver que camino nos puede llevar hacia ahí. En una sociedad como la vasca, plenamente inmersa en el marco económico y político europeo, pretender llegar al poder —a instaurar un poder revolucionario— simplemente a través de un golpe de Estado o de una insurrección releva de la más pura utopía. La complejidad y organización de los Estados modernos, la conciencia que las masas obreras y populares tienen de su situación en la sociedad, y el específico carácter nacional de Euskadi como pueblo oprimido, plantean ese problema de la toma del poder en términos de un proceso a largo plazo, que habrá de pasar por diversas etapas; en términos militares, como una guerra prolongada.

Definir pues la estrategia revolucionaria hoy es ante todo definir la estrategia a adoptar frente a la democracia burguesa. Es evidente por una parte que ese cambio, con ser una derrota del fascismo, no suprime en absoluto la dominación de la oligarquía, sino que la mantiene. Es evidente también que pone en manos de la clase obrera y de las clases populares unos formidables instrumentos de organización e intervención políticas, como son las libertades públicas. Pero ninguno de los análisis simplistas derivados de tomar uno u otro de dichos aspectos, y que nos llevarían a rechazar de plano o a aceptar sin reservas el marco institucional democrático-burgués, nos puede ayudar mucho en nuestros propósitos.

Es necesario matizar mucho más. Y el primer punto a considerar es precisamente el de las limitaciones que para un proceso revolucionario, para la intervención directa de las masas en la resolución de sus problemas y el logro de sus aspiraciones, presenta la democracia burguesa.

La primera y sin duda la más importante de tales limitaciones es el hecho de que el poder económico (propiedad de los medios de producción y administración de la economía) se concentra en manos de un sector minoritario de la sociedad, la oligarquía capitalista. Esto altera de plano los sacrosantos principios de la democracia» los ciudadanos ya no son iguales ante la ley o la sociedad» son

proporcionales a los medios económicos que poseen y a la influencia que de ellos resulta.

La segunda de tales limitaciones es el hecho de que la ideología de esas clases poseedoras, merced al potencial económico y político de estas y a través de una serie de instituciones destinadas a mantenerla y reproducirla (escuela, familia, aparatos del Estado, etc. ...), extiende su influencia a la mayoría de la población, convirtiéndose en la ideología dominante.

La tercera de dichas limitaciones, consecuencia de las anteriores, son los mecanismos y procedimientos antidemocráticos de la democracia burguesa. En efecto, a pesar de la dominación económica e ideológica del capital, que hacen prácticamente inevitable su dominación política, se da el hecho de que, en un sistema democrático, la voluntad popular, expresada en unas elecciones o en el simple ejercicio de las libertades, puede relativizar o incluso llegar a poner en cuestión esa dominación. Todos los Estados burgueses poseen entonces toda una serie de mecanismos o procedimientos destinados a hacer que esa capacidad real de decisión de las masas sea lo más reducida e indirecta posible. En esta línea se inscriben la prioridad de las instancias ejecutivas (gobierno) sobre las legislativas (parlamento), la prioridad a las instancias centrales del Estado sobre las unidades locales (ayuntamientos) donde la participación popular puede ser más directa, la burocratización administrativa y judicial, por no citar sino algunos. Estos procedimientos antidemocráticos vienen avalados casi siempre por la legalidad jurídica existente, pero en muchos otros casos tienen lugar al margen o incluso en contra de esa legalidad: se encuentran aquí todas las formas de corrupción y fraudes, políticos y económicos, que escándalos como Watergate o la Lockheed demuestran que están lejos de ser una exclusiva de regímenes formalmente dictatoriales.

Queremos hacer recalcar aquí la importancia extraordinaria que para una política revolucionaria tiene la existencia de esas prácticas antidemocráticas, ya que a partir de ellas, de su conocimiento y de su puesta en contradicción con los principios jurídicos formales de la democracia, es posible abrir importantes brechas, si no en el poder económico de la oligarquía, si en el consentimiento que, a causa de la alienación ideológica, han creado en las masas populares.

3

Las limitaciones que hemos visto han de llevarnos sin duda a rechazar toda estrategia política de signo electoralista, es decir, toda estrategia basada, exclusiva o fundamentalmente, en la utilización de los cauces institucionalizados por las clases dominantes para, a través de ellos, pretender alcanzar el poder y efectuar un cambio radical en la sociedad. Insistimos en lo de exclusiva o fundamentalmente — que es lo que rechazamos— ya que está claro que esos cauces han de ser utilizados, y sin ninguna reserva ni menosprecio, pero no como los fundamentales.

Las razones de este rechazo son principalmente dos: la primera, que a través de esa estrategia no se llega nunca a tomar el poder real, ni siquiera el poder político, sino únicamente un poder formal, jurídico, extraordinariamente inestable además, por estar basado normalmente en una mayoría muy ajustada. Esto, unido a las técnicas de desestabilización que, desde el bloqueo económico a los golpes de Estado, tiene por costumbre utilizar la oligarquía, convierten a todo lo que no sea un moderado programa de reformas en una absoluta utopía.

La segunda, como una razón más de fondo y a largo plazo mucho más

importante, porque con el electoralismo no se hace sino ocupar los mecanismos y el sistema del Estado burgués, porque aunque puede llegarse a un cierto control o socialización de la economía, todos los mecanismos de la dominación ideológica burguesa se mantienen, porque con ello, en resumen, a lo más que se puede llegar es a la sustitución de una oligarquía poseedora de los medios de producción por una burocracia que, siendo en teoría la administradora de una propiedad colectiva, es la única que en la práctica la controla. La toma del poder por las clases populares no es sólo la victoria sobre la oligarquía capitalista: es mucho más, es la creación de un nuevo consentimiento social, basado en la democracia real, en el control por parte de las masas sobre la producción y en una revolución en el terreno de la ideología. No se trata de ocupar los viejos edificios y las viejas estructuras del poder, se trata de crear otros nuevos, radicalmente distintos, no solo en tanto que sirven a intereses distintos, sino en cuanto que lo hacen de distinta manera.

4

Nuestro rechazo del electoralismo nos lleva a dar prioridad, dentro de la democracia burguesa, al ejercicio y a la utilización de las libertades públicas. Pensamos que esto es de capital importancia para el desarrollo de esta estrategia revolucionaria y vamos a explicarlo más detalladamente.

Los pilares jurídicos sobre los que se basan los sistemas democráticos son dos: la existencia de unos derechos fundamentales del individuo, como miembro de la sociedad, y el reconocimiento de la legitimidad de la autoridad basada en la voluntad de los ciudadanos. Ambas cosas se concretizan, por una parte, en las libertades democráticas (formalmente reconocidas), expresión, asociación, opinión, libertad religiosa, derecho al trabajo, etc., y, por otra, en el sufragio universal como forma de elegir los diversos estamentos de la autoridad.

Lo que se observa en la práctica es que, mientras los primeros se encuentran limitados por su carácter de individuales, el segundo se reduce a una participación de los ciudadanos un par de veces en cuatro o cinco años. Si observamos la realidad política de los países occidentales, veremos que la gran mayoría de la población no hace uso de las libertades públicas (nos estamos refiriendo al aspecto más puramente político, aunque esto es válido también en general), bien porque no tiene ocasión de hacerlo, bien porque se desinteresa. Esto se refiere especialmente a los derechos y libertades de un mayor alcance político, los de expresión, en manos en su gran mayoría del capital, y los de asociación, monopolizados por burocracias de diverso tipo. Hasta tal punto es esto cierto que, excepto en los países donde la pugna electoral entre la derecha y la izquierda es ajustada, y en los que se utilizan abusivamente desde el poder todos los procedimientos de manipulación ideológica, se asiste en general a un aumento del abstencionismo electoral.

Nuestra conclusión es evidente: frente a una política que desde el poder preconiza la pasividad de las masas, que intenta convencerlas de que su papel político se limita a votar a su representante y dejarlo actuar sin más control, que convierte el lenguaje político en una jerga comprensible solo por iniciados, los "profesionales de la política", frente a un reformismo que, con intención (al menos aparente) de servir a las clases populares se ve envuelto y acepta integrarse en la práctica en esos mecanismos de la política profesional, la tarea de los revolucionarios no es otra que la de utilizar al máximo las libertades formales, hacer que dejen de ser libertades individuales (y por lo tanto inoperantes) para ser

colectivas, crear instrumentos a través de los cuales las clases populares puedan expresarse y asociarse y, lo que es más importante, sientan necesidades de hacerlo, y lo hagan.

5

Nos encontramos aquí con lo que constituye el eje central de esa estrategia revolucionaria que nosotros denominamos estrategia de poder popular: crear un nuevo consentimiento entre las masas, un consentimiento basado en la preocupación por los propios problemas en lugar de su abandono en manos de los "especialistas" (lo que no significa el abandono de los especialistas), en la acción y participación directa frente a la pasividad, y sobre todo en la toma de conciencia de las posibilidades de la acción colectiva, en el paso de una mentalidad y una práctica individualistas a una mentalidad y una práctica colectivas. Está claro que el logro definitivo de ese nuevo consentimiento implica una revolución política, económica e ideológica, pero está claro también que ese logro no es algo mecánico sino un proceso, y que cuanto más se avanza en esa línea, más se avanza y más se hace posible la revolución.

Concretizando más diremos que ese consentimiento, que no puede llegar a ser pleno sino después de la revolución, es también condición necesaria para llegar a ella. Sin comenzar a construir ese consentimiento, sin comenzar o construir y hacer eficaz el poder popular, no es posible llegar a la toma del poder político, no es posible tampoco la liquidación de la oligarquía como clase.

Podríamos hacer en ese sentido un breve análisis de lo sucedido en Portugal con la revolución de los claveles. El golpe militar del 25 de abril, expresión de la derrota política del colonialismo portugués en África, significo, sin ser un golpe de pretensiones socialistas en un primer momento, una puesta en cuestión del poder de la oligarquía, más por la incapacidad demostrada por esta para asumir y dirigir la democracia que por las medidas tomadas contra ella. Fracasados los primeros intentos de contragolpe, su táctica se concentró en crear una inestabilidad general económica y política. Pero frente a esta situación, y contando con el apoyo de gran parte del ejército, la izquierda no supo aprovechar esa incapacidad de la oligarquía, o más exactamente fue ella misma incapaz de ofrecer una alternativa coherente de gobierno para la democracia. La actuación del Partido Socialista, vacilante y con pretensiones de arbitro de la situación, del Partido Comunista que, confiado en su organización se entregó a un trabajo de ocupación de los aparatos del Estado, de la extrema izquierda que, olvidando estar en el país más subdesarrollado y con una mayor alienación ideológica de Europa y no tener ni siquiera un partido revolucionario fuerte y consolidado, pensó que era posible pasar al socialismo solo con el apoyo y la intervención de unas unidades militares radicalizadas, nos demuestran que no basta con tener el poder (militar) para hacer la revolución, si no está preparado para ejercerlo, para construir una nueva sociedad y hacerla funcionar. El fracaso —aunque sea temporal— de la evolución en Portugal, porque al fin y a al cabo, ante la incapacidad de la derecha para gobernar y de la izquierda para dar una alternativa, los mecanismos de dominación preexistentes se mantienen, es una lección a tener en cuenta por todos los revolucionarios.

En nuestro análisis de Euskadi como sociedad Inmersa en el marco del desarrollo capitalista y en un Estado de tipo industrializado, análisis que se sitúa dentro de las perspectivas generales del materialismo histórico, distinguimos unos factores que, no pudiéndose entender sino en el contexto global de toda esa

sociedad, adquieren una especial incidencia sobre el terreno político —que es en el que nos estamos moviendo—. Estos factores, cuya importancia no puede ser tenida en cuenta de forma absoluta y que por otra parte están ligados a multitud de hechos y realidades que se encuentran aún muy poco estudiados desde una perspectiva revolucionario, son los que, en nuestra opinión, definen las líneas generales por las que se ha de guiar el poder popular.

El primero de tales factores es la existencia de un desfase entre infraestructura y superestructura, desfase que quiere decir que aunque la superestructura, la esfera de la política y la ideología, viene determinada por el desarrollo de las fuerzas productivas, esa determinación no se produce inmediatamente en el tiempo, sino con un cierto retraso, primero en el terreno político y posteriormente en el de la ideología. La existencia de este desfase se traduce, concretamente en el terreno político, como un desfase entre el desarrollo de la lucha de clases —dinámica fundamental de la historia—, entre las relaciones de fuerzas existentes en un momento dado en esa lucha, y la superestructura jurídica, el Estado, como reflejo institucional de esa lucha de clases. Esto es especialmente evidente en el análisis de la situación política actual en el Estado español, con una dinámica y una relación de fuerzas (a nivel económico y político) similar a la de las democracias occidentales, y un marco institucional y jurídico de tipo fascista, prácticamente invariable desde hace cuarenta años. Este desfase produce evidentemente toda una serie de conflictos, lo que en el lenguaje político peninsular se llama vulgarmente la disociación entre "el país real" y "el país legal", desfase y conflictos que son los que determinan toda la dinámica política —de política como toma y control del poder— y que obligan a todo aquel que se plantea estas cuestiones, a tener muy en cuenta.

7 El segundo de estos factores, sin duda alguna el más importante y que está todavía muy poco estudiado, es el del 'carácter de los Estados occidentales modernos. El objeto y la función del Estado es garantizar políticamente la dominación de la oligarquía, pero esa garantía se ejerce de diversas formas y a través de instrumentos distintos. Resumidamente diremos que, por contraposición a los Estados de países poco desarrollados (como lo eran en su momento la gran mayoría de los países en los que ha triunfado la revolución), los Estados modernos no se basan ni exclusiva ni principalmente en la coacción física pura y simple sino en el consentimiento de la población, consentimiento que adopta dos formas, o bien es pasivo, como una simple alienación, un conformismo con una situación de estabilidad mínima, o bien es de tipo más activo, con la ilusión de unos mecanismos de participación en la dinámica social. Hablando gráficamente se puede decir que en el primero de los casos se vive bajo la amenaza física constante, en el segundo se acepta la situación pensando que "antes era peor", y en el tercero (pensemos en países como los EEUU o Suiza) se cree vivir en el mejor de los mundos posibles. Este fenómeno obliga a complejizar extraordinariamente el Estado, o más exactamente los organismos que cumplen esa función que anteriormente estaba asignada exclusivamente al Estado. Nos encontramos aquí con el papel que juegan instituciones como la Iglesia (cuya importancia va en regresión), la escuela y la Universidad, los mass media, etc....

En este sentido diremos que si sabemos que la gran manipulación ideológica de la burguesía os presentar ese Estado que en realidad sirve o sus intereses como

un lugar en el que toda la realidad social puede expresarse libremente, nos daremos cuenta de la peligrosidad de que existan determinadas instituciones (o parte de ellas) que aceptando totalmente las reglas del sistema aparezcan como opuestas a él, corroborando esa ilusión de la sociedad burguesa como sociedad universal y no como sociedad de clase. Pero decir esto, que por otra parte esta descubierto hace tiempo, no tiene interés si no se le añade su complemento, que esa propia complejidad del Estado y de la sociedad política burguesa hacen imposible su control estable por una clase que —lo estamos viendo continuamente— va contra la marcha de la historia. De lo que se deduce que la correcta explotación de todas las contradicciones en el seno del Estado y de la sociedad civil es clave para toda política revolucionaria.

8

El tercero de dichos factores es lo que definimos como la ley del desarrollo diferencial de procesos, es decir, el hecho de que no solo existe ese desfase temporal entre infraestructura y superestructura, sino que también hay desfases dentro de un mismo nivel, que ni el desarrollo de las fuerzas productivas ni la dinámica de lucha de clases se dan uniformemente, que en momentos y lugares concretos las contradicciones sociales se manifiestan de forma más aguda que en otros. Aquí es donde se inscribe la teoría del eslabón más débil —elemento clave de la ciencia y técnica políticas y militares— a partir de la cual han de fijarse los objetivos (blancos) concretos hacia los que debe ir dirigida toda lucha.

Llegados a este punto nos encontramos en situación de elaborar unas "tesis sobre el poder popular", tesis que, por el estado embrionario de nuestro análisis —que en modo alguno puede calificarse como teoría, sino como una simple racionalización sobre una práctica política ya de por sí bastante confusa— y en general por la falta de elaboración teórica —desde el punto de vista revolucionario— respecto a estos temas, no pueden calificarse sino como provisionales e incompletas, pero que en cualquier caso pueden ser de utilidad en este momento». Estas tesis, que recogen tanto elementos generales de la teoría revolucionaria —o de lo que de ella hay elaborado— como elementos particulares de Euskadi, no se entienden como un modelo aplicable en general sino únicamente (y de un modo parcial) al caso vasco.

1. — El protagonismo directo de la revolución está en las masas. No puede entenderse la tarea dirigente del Partido sino en relación a lo anterior. En una sociedad de tipo occidental, donde la incorporación de lo gran mayoría de la población al terreno de la política y de la ideología (aunque sea como meros sujetos pasivos, telespectadores o votantes) es real, ese protagonismo no puede ser solo la participación en el momento final de la insurrección, sino que es una participación activa en todas las fases de la lucha.

2. — La prioridad del consentimiento sobre la coacción. Todo poder de clase implica la coacción sobre unos elementos y el consentimiento de otros. El poder revolucionario también. Pero la coacción sobre la oligarquía no es ni siquiera planteable (y no sirve de nada enarbolarla en radicales enunciados programáticos) si no se cuenta con el consentimiento de las clases populares, consentimiento que en el caso de una revolución no puede sino ser del tipo más completo, de participación activa y no de aceptación pasiva.

9

3. — La necesidad de crear una alternativa de poder y hacerla hegemónica.

No es posible sustituir el poder del capital sin poseer un poder de alternativa, y sin que ese poder posea una credibilidad y haya dado garantías de su funcionamiento. El poder popular, alternativa al poder del capital, no es solamente un programa de gobierno para sustituir a los representantes de la oligarquía dentro de sus propios aparatos (aunque esa pueda ser una de sus fases), es toda una alternativa de organización de las clases populares, en la cual estas han de participar activa y directamente.

4. — Esa alternativa de poder no puede entenderse referida exclusivamente al terreno político, sino que tiene que hacerse extensiva, ya desde ahora, al terreno de la superestructura, de la ideología. La revolución cultural no es solo la última y definitiva fase de la revolución, es oigo que, si no se empieza desde ahora, hace imposible toda alternativa política revolucionaria.

5. — El papel histórico de la clase obrera como clase dirigente de la revolución se concretiza en su mayor capacidad para asumir su propio carácter de clase, hacerlo políticamente operativo, y extenderlo a todo el bloque de clases populares. Si los intereses objetivos de estas son los mismos que los de la clase obrera, esta es quien puede dar coherencia subjetiva interna a dicho bloque, siempre y cuando ella misma sepa plantearse esos intereses y las aspiraciones que de ellos resultan como tal clase, y no desde una perspectiva corporativista.

Pero el poder popular no es ni puede ser solamente el enunciado de unas tesis, el poder popular necesita ser operativo. Y hablar de poder popular debe ser ante todo hablar de cómo ponerlo en marcha, ya que poco podemos decir ahora de como podrá estructurarse y funcionar en un futuro. En ese sentido vemos que la dinámica del poder popular (y por lo tanto su puesta en marcha) pasa por tres momentos diferenciados que se pueden definir como una capacidad de organización, una capacidad de movilización y una capacidad de gestión.

El elemento central es sin duda el segundo. La fuerza del poder popular, lo único que le puede dar tal carácter de poder es la movilización de las masas. Y sobre este principio debe girar toda la política revolucionaria. La política reformista se caracteriza principalmente porque abandona este terreno como su campo principal de actuación (aunque lo mantiene para hacer sus demostraciones de fuerza de vez en cuando) pasando al terreno de los representantes y de la burocracia, el más cómodo sin duda.

10

Ahora bien, a pesar de que las movilizaciones surgen muchas veces de una forma totalmente espontánea (y Euskadi es un buen ejemplo de ello) estas pierden gran parte de su efectividad si no están organizadas. En ese sentido la capacidad de organización es previa a la movilización, ya que la anterior es la que lo da coherencia y unidad a la segunda, multiplicando con ello su fuerza. Se puede decir que la esencia de una política de masas revolucionaria está en vincular ambas cosas, en poner los instrumentos organizativos al servicio de la movilización, en hacer participar en ellos directamente a las masas, No cabe duda de que la capacidad de organización que brindan las libertades públicas (y no nos estamos refiriendo solo a partidos, sino a todo tipo de organismos, desde el más ínfimo comité hasta la más compleja de las organizaciones) es de enorme utilidad. Pero esa capacidad puede ser utilizada para movilizar o para desmovilizar, para multiplicar por cien la fuerza de las masas o para tenerlas quietas confiando en sus representantes (consentimiento pasivo), que ellos sí que se encuentran

perfectamente organizados.

Por último, la movilización, la lucha de masas, ha de aplicarse a realidades concretas. Y las movilizaciones por motivos generales o de protesta son solo una primera fase. Para que una política revolucionaria se muestre como alternativa de poder —y alternativa posible— es necesario que demuestre su capacidad de gestión, su capacidad de proponer y hacer funcionar la sociedad, de un modo diferente a como funciona (o no funciona) la sociedad capitalista. Este momento es sin duda el definitivo dentro de esa estrategia de poder popular, pero sería un error pensar que solo es realizable una vez hecha la revolución. Esa capacidad de gestión tiene que demostrarse como eficaz ya ahora, en un terreno evidentemente limitado, pero no por ello menos real.

Todos estos factores llevan en una dirección muy clara la política que hay que hacer en una democracia burguesa. Habrá que prestar mucha más atención y mucho más esfuerzo, por ejemplo, a unas elecciones municipales, donde la problemática que los elegidos han de tratar está directamente relacionada con las condiciones de vida y trabajo de la población, y sobre la cual esta puede expresarse fácilmente, que a unas elecciones parlamentarias, en donde los temas tratados, de alta política, son inaccesibles para muchos. Habrá que tener una larga experiencia en métodos de gestión de ikastolas antes de poder hacer un proyecto de Universidad popular. Y ello no quiere decir en absoluto abandonar los terrenos que puedan parecer más alejados de las masas, sino simplemente dar prioridad a los otros.

11

Y si el protagonismo de la lucha, el protagonismo del poder popular, está en las masas, el papel de la vanguardia, del Partido revolucionario, no pierde con ello ni un ápice de su importancia, Dinamizar constantemente esas luchas, brindarles objetivos y alternativas concretas, coordinar y organizar las reivindicaciones populares, y —sin duda la más importante— impedir que en base a contradicciones secundarias (que existen realmente) puedan producirse enfrentamientos dentro de las propias clases populares, enfrentamientos de intereses corporativos (y por eso es partido de clase, de la clase obrera), tal es la función dirigente (y no dirigista) del Partido. O al menos así es como debe entenderla todo revolucionario consecuente.

Euskadi 20 de octubre de 1976